

DOÑA URRACA.



## DOÑA URRACA,

REINA DE LEON Y DE CASTILLA.

### I.

De una de las más bellas y virtuosas princesas del mundo, y de Alfonso VI, el rey glorioso y prudente, nació la reina desgraciada, perseguida, odiada y mártir, cuya historia voy a referir á mis benévolas lectoras.

La figura de doña Urraca se levanta, á través de los siglos, sangrienta, ultrajada y vengadora, pero no culpable, como algunos historiadores, y sobre todo los más antiguos, pretenden que fué.

Su madre fué buena, pero fué dichosa; su desgraciada hija no era mala, ántes bien resaltaban en ella magnánimas virtudes, y, sin embargo, fué una de las más desventuradas mujeres de la tierra.

Constanza de Borgoña, hija del Duque Roberto y de la plácida y graciosa Ermengarda de Semur, casó

á la edad de doce años con Hugo II, Conde de Chalons, que solamente contaba catorce.

Era Constanza buena como su madre, pero mucho más hermosa; su pura belleza hacia recordar involuntariamente á las vírgenes de las Gálias.

Bajo una frente noble y graciosa, blanca como el marfil y, como él sin mancha, se abrían sus ojos de dulce y casto mirar; su cara, ántes larga que oval, era suave y perfecta; largos y espesos cabellos rubios caían en ricas trenzas por su espalda; era pensativa y silenciosa, pero cariñosa y dulce; no llegaba hasta ella dolor alguno que no fuese consolado; sencilla y digna á la par, piadosa é indulgente, el niño Hugo la amó con delirio y, amándola, llegó al fin de su vida cuatro años despues de su enlace.

Una fiebre maligna llevó al Conde de Chalons al sepulcro á la edad de diez y ocho años. Constanza quedó viuda á los diez y seis, y en cinta: ya habia dado á luz el año anterior otro hijo muerto; el dolor de su temprana viudez fué tan grande, que tambien causó la muerte al segundo ántes de nacer.

Roberto y Ermengarda pudieron consolar á su hija; ambos la adoraban: Roberto la sacó de su palacio solitario, y la llevó á su lado y al de su esposa.

Allí hubiera vivido siempre tranquila y al fin dichosa, á no haberla inquietado algunas veces el consejo de su padre diciéndole que debia volverse á casar.

—Yo soy viejo, le decia éste; si pudierá asegurar

mi vida hasta que pasase tu juventud, no te hablaria de otra union; pero, hija mia, casándote, proporcionas á tu madre y á tí un protector celoso y legítimo.

En cuanto á Ermengarda, no necesitó del apoyo que el Conde de Borgoña ansiaba depararle, porque murió ántes que él, y un año despues de la viudez de Constanza; pero ésta quedaba, con la muerte de su madre, más que nunca expuesta al desamparo, y su padre, pasado el primer extremo de su dolor, resolvió convencerla para que aceptase un esposo.

La fama de la belleza y de las virtudes de la Condesa, facilitaban la realizacion de este propósito, porque de todas partes acudian pretendientes á su mano; pero ni la hija tenia prisa para elegir, ni el padre queria hacerlo de ligero.

Empezó por entónces á correr la voz de que el rey de Castilla, Galicia y Leon, viudo de su primera esposa, iba á volver á casarse por consejo de los Grandes de sus reinos: el Conde de Borgoña se dijo que aquel era el esposo más conveniente para su hija, é hizo ir á un fiel agente suyo cerca de Alfonso VI.

Esta medida fué tomada para conseguir lo que hubiera logrado un retrato, si en aquellos tiempos remotos se hubiese conocido el arte divino de la pintura, como se conoce hoy: el emisario empezó á elogiar en todas partes la belleza de Constanza, y tales elogios llegaron á oídos del rey.

Tanto se repitieron, que Alfonso VI entró en de-

seos de casarse con aquella hermosa jóven y envió al abad del monasterio Turnense, acompañado de algunos caballeros de su córte, á solicitar la mano de la Condesa.

El astuto Roberto recibió con las mayores muestras de cortesía á los enviados del rey de Leon, y les dijo que, ajeno á semejante honor, tenia que consultarlo con su hija y que esperaba darles una respuesta favorable dentro de tres dias.

Constanza no se admiró de semejante honra, que hubiera aturdido á cualquiera otra; queriendo complacer á su padre, le dijo que se hallaba pronta á casarse con el monarca leonés, y pocos dias despues salió acompañada de Roberto y de los enviados, para la córte de Alfonso VI.

El Conde de Borgoña hizo cuantiosos gastos para las galas de su hija; creía un sueño el verla reina, y Constanza era dichosa al contemplar la alegría de su padre.

Libre su corazon de amor, sólo deseaba verle feliz, y además no la espantaba la idea de unir su suerte á la del monarca que llenaba el mundo, con la fama de sus hazañas.

Alfonso VI, avisado de la llegada de su prometida esposa, salió á recibirla gran trecho, acompañado de lo más selecto y bizarro de su córte.

A la vista de Constanza, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa; nunca la habia creído tan bella.

Montaba la jóven una blanca hacanea, sobre cuyo lomo se destacaba el carmesí subido de su traje de terciopelo; su pecho estaba cubierto de hilos de perlas y diamantes; bajo sus tocas de nevado lino, se veía la rica masa dorada de sus cabellos; sus modestos ojos inclinados la hacian parecerse á la imágen del pudor; su blanco rostro se hallaba vestido de un delicado carmin; un largo velo blanco la envolvía como una nube y daba mayor realce á sus encantos.

Alfonso VI llegaba entónces á los treinta y seis años de su edad: era alto, robusto y fuerte: dos cualidades sobresalian en su carácter; la prudencia y el valor; pero además tenía otras muchas, no ménos bellas, que eran la afabilidad, la nobleza y la generosidad.

El contraste que formaba con Constanza era de esos que, por lo completos, aseguran la duracion del amor.

Ella era la palma jóven, elegante y flexible.

El, el fuerte roble que debia preservarla de la tempestad, y ampararla, con su frondosa sombra, de los ardores del sol.

Pronto llegaron todos á Leon, donde al dia siguiente se celebraron las bodas, con una pompa y una magnificencia nunca conocidas.

Seis mujeres tuvo Alfonso VI: Doña Inés, cuyo linaje se ignora: Doña Constanza de Borgoña: Doña Berta, también de la casa de Borgoña: doña Isabel, ántes la mora Zaida, hija del rey moro de Sevilla:

otra segunda Doña Isabel, de cuyo linaje tampoco dá razon clara la historia, y Doña Beatriz, de familia extranjera: de todas éstas, á la que más amó fué á la hija de Roberto, pues con las demás se casó sólo por lograr sucesion varonil, lo que no le fué dado conseguir.

## II.

Un año despues de su enlace, y en el de 1080, Doña Constanza dió á luz una infanta, á la que se puso por nombre Urraca, que era el de una hermana de su padre.

Aunque D. Alfonso esperaba y deseaba un varon, recibió á su hija con la mayor alegría, y pasados los primeros años de su edad, de comun acuerdo con la reina, su esposa, la pusieron bajo la sábia direccion del Conde D. Pedro Ansurez.

Tenia este caballero otros dos hermanos, y todos tres eran tenidos en los reinos de Leon y de Castilla por modelos de prudencia, de valor y de cordura.

Bueno será, para el mejor conocimiento del lector acerca del estado de aquellos reinos, tomar desde un poco atrás esta narracion, pues de esta explicacion resultará la claridad para el azaroso reinado de Doña Urraca.

Don Fernando I, *el Magno*, dejó al morir una hija y tres hijos: Urraca, Sancho, Alfonso y Garcia: para manifestar á todos que les amaba igualmente, dividió

sus estados, y dió, á Sancho la Castilla; á Alfonso VI, el reino de Leon, y á Carcia, la Galicia; en cuanto á Doña Urraca, su primogénita, la dejó eficazmente recomendada á D. Alfonso, pues sabia que habia de mirar por su suerte como él mismo.

En efecto, aquellos dos principes se amaban tiernamente. Doña Urraca habia educado á su hermano Alfonso, desplegando con él todas las gracias de su talento, que era verdaderamente prodigioso.

La infanta era, además, de tan peregrina belleza, que de consuno la llaman los historiadores *Hermosura de España*: no tenia ninguna afición al matrimonio y se negó siempre á casarse, á pesar de las magníficas ofertas que de todas partes le hacian.

No bien Alfonso VI ocupó el trono de Leon, la nombró señora soberana de Zamora, y la aconsejó que se retirase á vivir á aquella ciudad.

—¿Por qué quieres que me separe de tu lado? preguntó la infanta á su hermano.

—Porque preveo una guerra próxima y terrible, respondió D. Alfonso; poco tardarán nuestros hermanos en inquietarme, y en talar estos reinos con todos los horrores de la discordia civil.

Así sucedió: Doña Urraca siguió los consejos de su hermano y se retiró á Zamora, segun su deseo: D. Sancho, el más ambicioso, declaró la guerra á su hermano D. Alfonso, ansiando apoderarse de todos

los Estados de su padre: diéronse sangrientas batallas y al fin quedó éste prisionero de aquel.

Entonces Doña Urraca, ansiosa de libertar á Don Alfonso, no perdonó medio para conseguirlo, y lo consiguió al fin, pero con las condiciones más duras: el bárbaro D. Sancho exigió de D. Alfonso el juramento de renunciar á su favor el reino de Leon, el de pasar á tierra de moros, y el de no poder volver á pisar sus reinos sin su expreso mandato.

Alfonso VI, indignado, se negó á cumplir todas estas condiciones; pero su hermana, que veia su vida amenazada por la crueldad del vencedor, le persuadió de que debía aceptarlas por lo pronto para salvarla.

Partió, pues, D. Alfonso á Toledo, ocupado entonces por los moros; y Doña Urraca, siempre prudente y previsora, le dió para compañía á tres nobles caballeros zamoranos, que poseian toda su confianza.

Estos eran los hermanos Ansures.

Pero D. Sancho no consiguió fruto alguno con la guerra y con los duros tratamientos á que habia sujetado á su hermano; débil en extremo, era ya una especie de vasallo de éste, y toda la nobleza de Leon y Zamora le negó la obediencia y pleito homenaje, declarando que no conocia más señores que D. Alfonso y Doña Urraca, y que sólo á ellos estarían sujetos.

Don Sancho, furioso con esta respuesta, se empe-

ño en someter á su dominio á su hermana Dona Urraca, que se hallaba encerrada y fortalecida en su plaza de Zamora: fué á sitiarla en persona á la cabeza de un ejército numeroso; pero allí murió á traicion y á manos de un soldado llamado Vellido Dolfos, que le disparó un venablo por la espalda.

Sin perder tiempo y ántes de que aquella noticia llegase á los moros, la puso Doña Urraca en conocimiento de su hermano D. Alfonso, quien, con el valeroso y fiel auxilio de los hermanos Ansures, salió de Toledo y redujo á su mando todos los reinos de su padre, siendo coronado rey de Castilla, Galicia y Leon.

Al instante declaró *reina* á su hermana para que gobernase, en compañía suya, los reinos que debía á su prudencia y cariño.

Doña Urraca le hizo ver que, separado de su primera esposa por orden del Papa, pues eran parientes, debía casarse con la bella Constanza de Borgoña, y en memoria de su hermana, puso Alfonso VI á su primogénita, el mismo nombre.

Cuando la infanta llegó á los seis años de su edad, la puso, segun se ha visto, bajo la direccion de Don Pedro Ansures, el mayor de los tres hermanos á los que tanto debía.

Era Urraca una criatura linda y delicada, como su madre la reina Constanza: su estatura, alta para su edad, era esbelta; sus ojos garzos, grandes y ras-

gados, estaban llenos de dulzura; su frente era admirable por la pureza de su dibujo, pero anunciaba más bien una naturaleza dócil, que la fortaleza y la arrogancia; tenia los cabellos de un castaño oscuro que prometia volverse negro; la boca pequeña y muy linda, y la sonrisa dulce.

Tenia solamente diez años Doña Urraca, cuando un dia se hallaba al lado de su madre la reina Doña Constanza y de su ayo D. Pedro Ansures.

Don Alfonso estaba peleando contra los moros que invadian parte de España, ayudado de los Grandes señores de sus reinos, pues en aquella época de turbulencias, ninguno de ellos podia permanecer mucho tiempo pacíficamente en sus castillos ó féudos, y todos se ponian al frente de sus gentes para ayudar al rey en la guerra contra los infieles.

Doña Constanza se hallaba en su cámara y reclinada en un gran sillón de madera, de forma tosca, y enormes brazos, pues á la sazón el lujo estaba aún muy atrasado.

Hacia tiempo que una enfermedad de consuncion aquejaba á la reina, que, pálida, con la cabeza echada hácia atrás, guardaba silencio.

La infanta estaba de pié, al lado de la ventana que daba luz á la estancia; cuando ni el Conde, ni su madre la miraban, dirigia á la parte de afuera sus ojos con ávida expresion; pero, si sospechaba que fijaban en ella la atencion, bajaba la vista al suelo.

—Señora, dijo severamente el Conde; no sé á la verdad, cuándo hareis caso de mis consejos, y os aseguro que me duele mucho el veros tan poco propicia á la voz de la razon.

—¿Por qué decís eso, buen Conde? preguntó la reina.

—Lo digo, señora, porque la infanta no olvida á ese Diego Lainez, que Dios confunda. ¡Ojalá que la guerra le echase fuera de estos reinos! ¡Un rapaz de once años y una niña de diez! ¡Por vida mia, que son amores bien extraños!

La reina se sonrió al escuchar esta andanada del viejo Conde.

La infanta bajó la cabeza para ocultar su rostro, que abrasaba el cármin de la vergüenza.

—Dejadlos, Ansurez, dijo Doña Constanza, ¿qué mal hacen los pobres niños con mirarse?

—Además, que yo no miro á Diego, observó Urraca alentada por las razones de su madre.

—¿Qué no? preguntó el ayo colérico.

—¡No!

—¿Pues á quién miráis por la ventana?

—A los soldados que se pasean por el pátio.

—Entre los que estará Diego Lainez.

—No le he visto.

—No la obligueis á mentir, buen Conde, intervino la reina: ¿no veis cómo se avergüenza?

—Y con razon, señora.

—Pronto, dijo la reina incorporando con pena su bella y doliente cabeza, pronto perderá esta pobre niña su libertad; pronto la casará su padre con algun monarca aguerrido que le ayude en sus empresas, pero duro y feroz, que nada dirá al corazon de mi Urraca; ¡ay, Conde, Conde! ¡En esta tierra de España, todos los reyes son fieros, y la discordia no apaga jamás su tea abrasadora!

—Eso es porque estos reinos valen mucho y todos los quieren para sí, respondió D. Pedro Ansurez con su ruda franqueza; en cuanto á la infanta...

—¡No tardará en perder su libertad! repitió Doña Constanza; sí, no tardará, porque no estará ya su madre en el mundo para defenderla.

—¿Qué dices, señora y madre mia? exclamó Urraca separándose de la ventana: ¿te hallas hoy peor?

—Sí, respondió la reina, ¡peor cada dia! ¡Hágase la voluntad del cielo, que me llama á sí!

—¡Dios mio, madre! ¡Cómo te ha de quitar tan pronto de mi lado! gritó la infanta: madre mia, yo rogaré á Dios que te deje conmigo.

Doña Constanza besó á su hija en la frente y le dijo:

—Vete, hija mia; tengo que hablar al Conde.

Urraca obedeció, no sin volver muchas veces la cabeza para mirar á su madre.

—Buen Conde, dijo la reina así que su hija hubo salido, os pido que mireis á mi Urraca, no como un



padre, sino como una madre, lo cual es pedirnos un poco más; yo voy á morir en breve, y la pobre niña necesita un corazón tierno en quien depositar los sentimientos del suyo; está dotada de un carácter débil, que la ocasionará grandes dolores... no os apartéis nunca de su lado, Ansurez, y ahorradle los que podáis.

Detúvose la reina porque parecía que la emoción había agotado sus fuerzas, ya muy débiles.

—Tranquilizáos, señora, dijo el Conde: ¡sólo reprendo á la infanta por su afección á ese Diego Lainez, que no es su igual! Y él tiene la mayor culpa por ser un atrevido que mira más alto de lo que debiera: ¡le haré poner en prision y así se acabará esto!

—Más valiera, dijo la reina, que su padre dejase casar á Urraca con Diego Lainez.

—¡Cómo, señora! ¡Será posible que penseis en semejante desafuero! exclamó el severo Ansurez: ¡casarse Doña Urraca con ese paje!

—Conde, me acuerdo de lo dichosa que yo fui con Hugo, mi primer esposo: éramos dos niños que sólo vivíamos para los juegos y el amor.

—Doña Urraca será reina.

—¡Yo tambien lo he sido! Es verdad que no es lo mismo ser esposa de un rey, que regir los destinos de una nacion, como tendrá que hacerlo mi hija; pero ¿qué tiene esto que ver con la felicidad del corazón?

—¿No habeis sido, pues, dichosa con D. Alfonso, señora?

—¡Sí, muy dichosa! Yo le amo y he sido muy amada de él; sin embargo, fui más feliz con Hugo, porque era de mi edad; á Alfonso le respeto; ¡á Hugo le queria con toda mi alma! Conde, prometedme que hareis cuanto podáis para que el rey dé á Urraca un esposo jóven y amable, á quien ella pueda amar.

—Os lo prometo, señora.

—Ahora idos, murmuró la reina con voz débil; me siento fatigada, y deseo descansar.

Salió el Conde y las criadas entraron para acostarla al instante en su lecho.

Dos dias despues, murió Constanza dulcemente y como una luz que se extingue.

Tenia veintinueve años y habia estado casada doce con Alfonso VI.

### III.

La muerte dejó á Urraca sola y triste, pues el palacio de su padre, lleno de guerreros, no era para la pobre niña una mansion agradable.

El Conde Ansurez, compadecido de la soledad y de la tristeza de la infanta, escribió al rey diciéndole que convenia no sólo que apresurase su vuelta, sino tambien elegir un esposo para la infanta.

Don Alfonso tardó poco en contestar: al final de la carta decia así:

«Por lo que me dices de la infanta, no te apenes; presto voy yo y le llevo marido de tales condiciones como pueden desearse: es D. Ramon, hijo del Conde de Borgoña, Guillermo, sobrino de mi querida y malograda esposa Doña Constanza, y, por lo tanto, primo de Urraca. Le conviene de todos modos; es jóven y de gallarda apostura, y, además, hermano de Guido, el que ocupa la silla de San Pedro con el nombre de Calixto II. Ya ves si podia elegir mejor; así que yo llegue se desposarán, y se unirán el dia que